

155

Simón Radowitzky



Para vos, Simón, porque no sos ningún mito
Para Andrea Benites Dumont, revolucionaria
En memoria de Aldo Comotto, revolucionario
En memoria de Emilia Radovitzki

Título original: *The Man Who Was Thursday: A Nightmare*

© Marta Gómez-Pintado 2015
© De esta edición: Nórdica Libros, S.L.
C/ Fuerte de Navidad, 11, 1.º B
28044 Madrid
Tel.: (+34) 915 092 535
info@nordicalibros.com

Primera edición: mayo de 2015
ISBN: 978-84-16440-03-0
IBIC: FX
Depósito Legal: M-15431-2015
Impreso en España / *Printed in Spain*
Gracel Asociados
Alcobendas (Madrid)
Encuadernado en Ramos

Dirección de colección: Toni Mascaró
Diseño y maquetación: Sergi Puyol
Corrección ortotipográfica: Ana Patrón y Susana Sánchez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

155

Simón Radowitzky



2016

Un pibe sin infancia que no soporta la injusticia

Conocí a Agustín Comotto a comienzos de los años ochenta, en el último año de la dictadura genocida en la Argentina. Teníamos 14 años, éramos dos adolescentes que no habíamos tenido infancia (por motivos distintos, pero asemejables) y, obviamente, nos atraímos como dos imanes apenas vernos.

Agustín preguntaba y preguntaba por mi judaísmo, por las historias de errancia, por la fascinante interrelación entre el judaísmo y los procesos revolucionarios en la primera mitad del siglo XX y moría por los knishes de papa de mi bobo Manca, la rusa. A cambio me hacía conocer a Barón Rojo, el grupo de hard rock que había comenzado a escuchar en su exilio en Madrid o me introducía en la historieta con autores como Moebius o Milo Manara, que había conocido en Europa, o los argentinos Alberto Breccia o incluso Oesterheld, a quien yo ya había conocido por mi padre.

Yo lo sumé rápidamente al centro de estudiantes secundarios, que funcionó clandestinamente hasta las elecciones de 1983 y fue reconocido a partir del retorno de la democracia. Agustín se destacó allí como uno de los dibujantes más originales de la revista “El Tábaro”, que publicábamos bajo mi dirección.

Agustín es de esas escasas personas que prácticamente nacen sabiendo lo que harán en su vida. En su caso, era el dibujo.

Pero es recién a sus 47 años, cuando despliega una obra que da cuenta de todos los intereses de su vida: la historia del judío errante anarquista Simón Radowitzky. Pero no adelantaremos mucho sobre la increíble vida de Radowitzky para no arruinar al lector el placer del suspenso.

No es casual que Agustín haya decidido ponerse en la piel de un judío que no tuvo infancia, que participó de los prolegómenos de la Revolución Rusa, de las revueltas anarquistas en la Buenos Aires de comienzos de siglo, que sufrió décadas de encierro en Ushuaia, la “cárcel del fin del mundo”. Y que luego apareció en la Guerra Civil Española o hasta en tierras mexicanas. Un judío errante, internacionalista, ateo, contestatario, revolucionario, que participó de casi todos los hechos importantes de la historia universal de la primera mitad del siglo XX. Uno más de esa “plaga” que el nazismo, el fascismo, el franquismo buscaron “eliminar de la faz de la tierra”. Un “ruso” que no tuvo infancia. Como Agustín. Como yo.

Agustín dedicó su vida al dibujo. Yo la mía a la academia y a la militancia, buscando comprender y confrontar las consecuencias de los genocidios en Europa, en América Latina, en Asia o en África.

Este libro nos encuentra otra vez, luego de treinta años. Agustín lo comentó conmigo y, desde sus primeras ideas, me fue enviando los bocetos. Íbamos imaginando cómo podía pensar o hablar un judío en la Rusia o la Argentina de comienzos de siglo, qué era un cuéntenik o una menorah, cómo dibujar un hogar judío, cómo trazar un diálogo de un adolescente desencantado por la injusticia con su padre religioso, su vida con sus amigos revolucionarios en aquellas tierras frías habitadas por cosacos que, cada tanto, organizaban un pogrom para desquitarse con los más débiles y, cómo ello obligaba a los niños a transformarse rápidamente en adultos, escamoteándoles su infancia.

Con Agustín volvemos a ser niños cuando nos vemos, en Barcelona o en Buenos Aires, intentando recuperar la infancia robada, jugar los juegos que no pudimos jugar porque había cosas más importantes de las que ocuparse.

Agustín perdió su infancia viajando solo a su exilio en Madrid, esperando con apenas 8 años (y sus hermanos menores a cargo) en un banco del aeropuerto de Barajas que su padre pudiera pasar a buscarlo, al terminar una reunión clandestina. Ya la venía perdiendo en la Buenos Aires del terror, cuando aprendió a chequear por el espejo retrovisor del coche si otros automóviles seguían al de su padre, cuando supo que su apellido era una información secreta que nadie debía conocer.

En esta obra, Agustín se encuentra con su historia e intenta saldar sus fantasmas. Me animaría a decir que es una de las grandes obras de su vida. Y cuando algo nos atraviesa de ese modo, no puede más que resultar contundente, como es este trabajo.

Me honra que Agustín haya decidido meterse con un judío para conjurar esos fantasmas. Porque, de algún modo, me incluye en esa decisión. En el judío Radowitzky, Agustín se reencuentra con el judío Feierstein, ese otro pibe sin infancia a quien conoció con 14 años en un aula de la Buenos Aires dictatorial.

Esta historia puede leerse perfectamente sin saber quién es Agustín Comotto. Pero creo que le otorga otra riqueza tener claro que, quien está detrás del guión y los dibujos, es el hijo de un argentino que intentó cambiar el mundo y que tuvo que pagar el precio del exilio por ello.

La historia de Simón Radowitzky merecía ser contada en historieta. Pero no había mejor autor para hacerlo que Agustín Comotto.

Sé que, dentro de la tristeza y el dolor de estas historias de la primera mitad del siglo XX, los lectores también podrán disfrutar. Disfrutar de la odisea de los hombres y mujeres que se indignan ante la injusticia y la opresión y que se animan a emprender el difícil camino de intentar cambiar el mundo. Algo que los genocidas, de la mano del terror, trataron de convencernos de que no valía la pena, que era imposible, que las ideologías habían muerto y que estábamos invitados a su entierro, allí por fines del siglo XX.

Pues no. Agustín nos cuenta la historia de un judío errante, terco como una mula y dispuesto a enfrentar una y otra vez a la injusticia allí donde le toque enfrentarla. Una historia que sigue siendo actual, pese a tanto pavo pregonando el fin de las ideologías y la inevitabilidad de la opresión.

Ojalá que este texto sirva para que siga habiendo hombres y mujeres que se sigan indignando ante la injusticia y creyendo que pueden hacer algo para cambiar el mundo. Allí estaremos con Agustín, aunque ya tengamos canas, como si tuviéramos otra vez 14 años, para contarles que “había una vez” alguien que se propuso enfrentar a la injusticia. Y que lo seguirá habiendo. Una y otra y otra vez. Por siempre jamás.

Daniel Feierstein

Presidente de la Asociación Internacional de Investigadores sobre Genocidio (2013-2015) pero, mucho más importante, compañero de banco en el colegio de Agustín entre 1982 y 1985

Sus ojos miraban de una forma cansada, no había alegría ni tristeza en ellos. Esos ojos viejos, cansados y sin vida en un niño son aterradores.

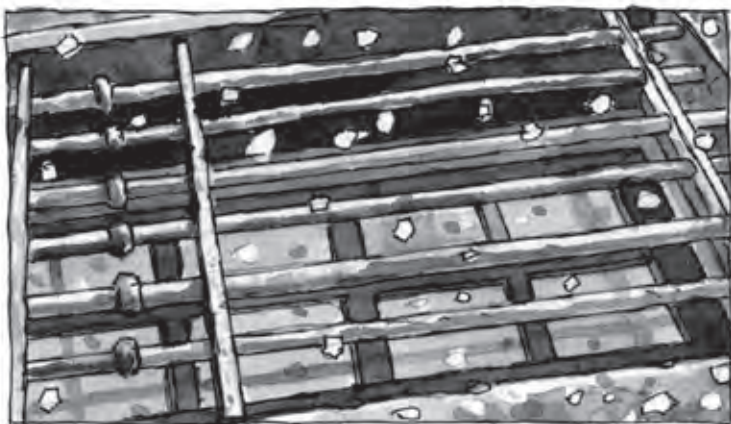
Vasili Grossman, 1941

Shimele

Trescientos puntos de luz





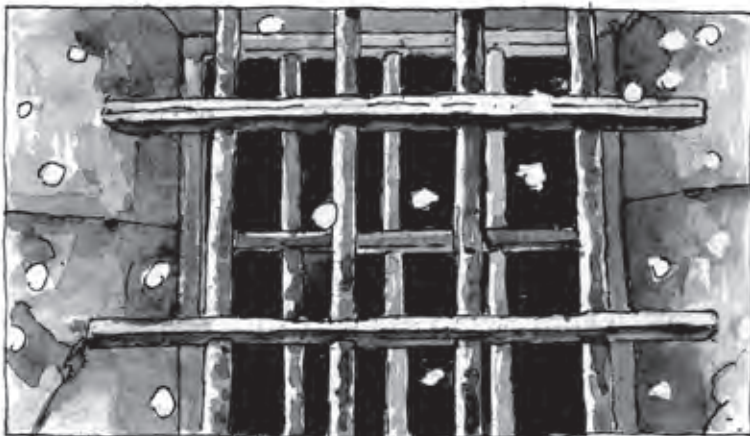


ABREN LA JAULA.



VAMOS A OTRA JAULA.

NO SÉ QUE HE HECHO ESTA VEZ.



DA IGUAL.



QUIZÁS SAMPEDRO TUVO UN MAL DÍA.



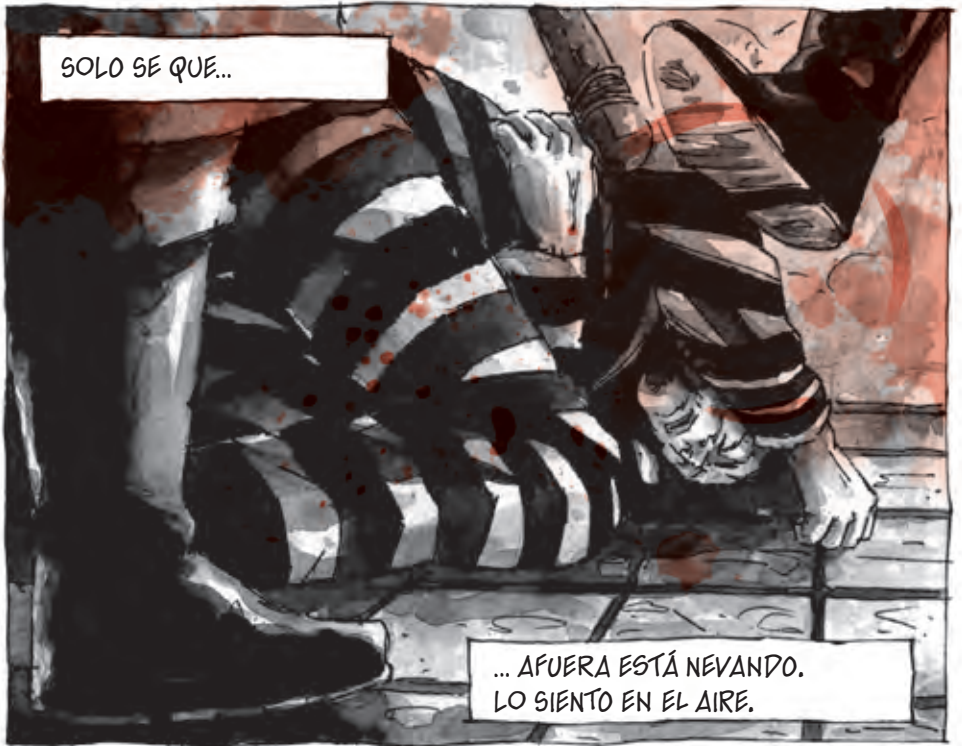
LO SIENTO LYUDMYLA, AHORA NO PUEDO HABLAR.



POCO IMPORTA EL MOTIVO Y
TRATAR DE ENTENDERLO.



PORQUE YA NO ESTOY AQUÍ.



SOLO SE QUE...

... AFUERA ESTÁ NEVANDO.
LO SIENTO EN EL AIRE.



NO HACE FALTA QUE
LO VEA, LYUDMYLA.



AFUERA NIEVA.



BASTA.
LLÉVENLO A LA
HELADERA.

PEGAN BIEN.
DEJAN POCAS MARCAS.



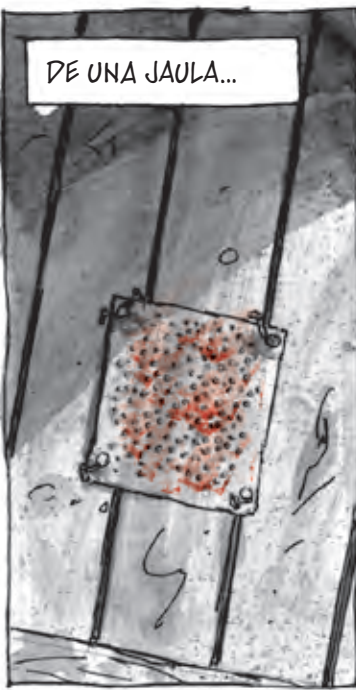
ANDANDO,
RUSO.



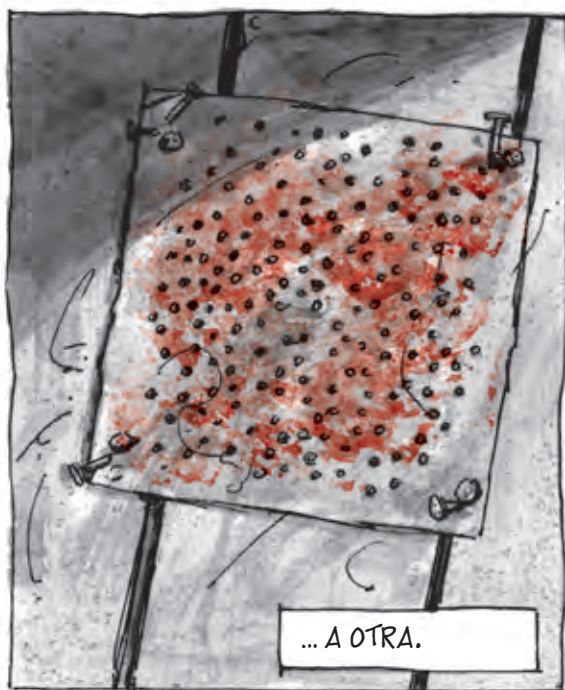
VOLVEMOS A
LA JAULA CHICA.



AL FINAL SÓLO SE TRATA
DE PASAR DE UNA JAULA
A OTRA.



DE UNA JAULA...



... A OTRA.



LYUDMYLA.



¿DÓNDE ESTÁS LYUDMYLA?



SACAME DE ACÁ, LYUDMYLA.



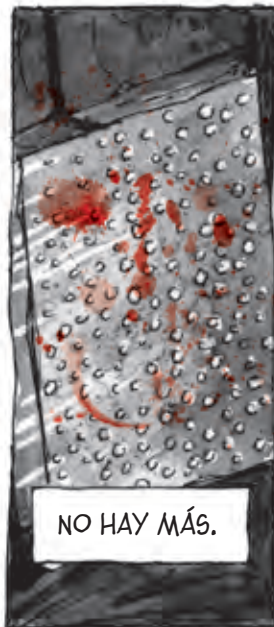
UNO, DOS, TRES...

... CUATRO, CINCO, SEIS, CATORCE, TREINTA Y CINCO...

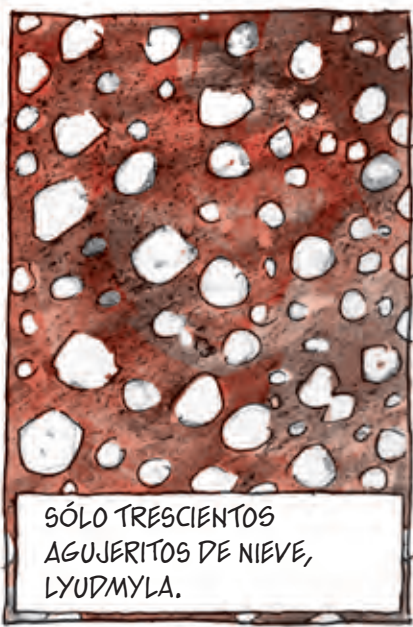


CIENTO CINCUENTA Y SIETE, DOSCIENTOS CUARENTA Y OCHO...

... TRESCIENTOS.



NO HAY MÁS.



SÓLO TRESCIENTOS AGUJERITOS DE NIEVE, LYUDMYLA.

COMO ESTOS TRESCIENTOS AGUJERITOS FUERON
TRESCIENTAS LAS SASHÉN*...



... QUE CORRÍ PARA LLEGAR AL PUEBLO.

SOLO ERA UN MURMULLO, UN RETUMBAR SORDO
DETRÁS MÍO. PERO TENÍA UN MAL PRESENTIMIENTO.



SUERTE DE MIS PATAS LARGAS.



AUN SUENA EN MI CABEZA ESE SONIDO.



GRAVE, MECÁNICO, COMO UNA MÁQUINA DE MUERTE.



* SASHÉN: BRAZA RUSA. ALREDEDOR DE 550 MTs.

NO ERA LA PRIMERA VEZ QUE VENÍAN A LA ALDEA. ANTES INSULTABAN, MENCIONABAN AL ZAR, PERO NO BAJABAN DE LOS CABALLOS.



ESE DÍA FUE DIFERENTE. PARA ELLOS, EN STÉPANITZ, TODOS ERAMOS JUDÍOS.

AUNQUE DIMITRI NO LO ERA Y MURIÓ ESA TARDE.



ESTUVE CON DIMITRI ANTES DE IR AL BOSQUE.



NO QUISO VENIR CONMIGO. ESE DÍA TENÍA COSAS QUE HACER EN SU CASA.



¡QUEMAD TODO!




SIMPLEMENTE ESTABAN LIMPIAN-
DO LA TIERRA DEL AMO.



QUITANDO LAS MALAS HIERBAS.
TUVE SUERTE ESA TARDE,
LYUDMYLA. NO ME VIERON.






HABÍAMOS OIDO HABLAR DE ATAQUES
A OTRAS ALDEAS PERO SIEMPRE MÁS
ALLÁ DEL POLSKA.

EN STEPANITZ POCO HABÍA QUE
SAQUEAR. DABA IGUAL, LOS COSACOS
SIEMPRE NOS HAN ODIADO.

DECÍAN TAMBIÉN QUE LA POLICÍA
DEL ZAR LES INDICABA DONDE
DEBÍAN ARRASAR.



LO QUE ERA SEGURO ES QUE, CUANDO
VINIERON, LA POLICÍA NO ESTUVO PARA
DETENERLOS.



¿CÓMO ÍBAMOS A SABER SUS
MOTIVOS?

TRAIGO UN MENSAJE
DE PADRECITO ZAR.